

POR UNA NUEVA UNIVERSIDAD

Por Eliezer Morales Aragón

El papel de las instituciones académicas guarda una relación necesaria con la sociedad en su conjunto. A veces como expresión de la misma, a veces como su crítica. La educación puede tan sólo limitarse a capacitar a quienes reproduzcan el funcionamiento del sistema económico-social, o puede adquirir una dinámica propia, anticipando las líneas generales de evolución posible. En momentos singulares, las instituciones académicas no sólo pueden asumir el papel crítico de la realidad, sino inclusive promover cambios y hasta revoluciones.

Durante la colonia, en el periodo de mayor estabilidad, la educación fortalecía ideológicamente al Estado y a la Iglesia, y las materias impartidas, muchas bajo la orientación de la filosofía tomista, (trivium, quadri-vium, etc.) reproducían el pensamiento clerical, justificaban a la inquisición y apoyaban al rey. Durante los años postreros del dominio español, algunas universidades cambiaron radicalmente su papel. La cátedra de don Miguel Hidalgo, en la Universidad Pontificia de Valladolid, causó el escándalo y fue la justificación teórica y moral, del proceso de la insurgencia y del México independiente.

En el periodo del imperio y sobre todo durante la Reforma, las instituciones académicas se hicieron eco del liberalismo y de los afanes republicanos. En el periodo final del porfiriato las escuelas fueron refugio de los clubes liberales y conspirativos. El partido de Flores Magón se nutrió de artesanos y obreros, pero la mayor

parte de su dirección se formó en el medio universitario y académico. En la Revolución, que tuvo un fuerte carácter agrario, los campesinos levantaron como una de sus consignas principales la de libertad, tierra y educación. Más aún, al recogerse en la Constitución el contenido agrario de la lucha, el país se cubrió con agrónomos revolucionarios que buscaban cumplir con el reparto agrario.

Tal vez el periodo idílico de mayor *elán* lo hayan constituido los años de la educación socialista, que vistos en perspectiva parecerían hoy cubiertos de nebulosidad o de utopía, pero que entonces expresaban, sin duda, el sentido o el ideal hacia donde quería marchar la nación mexicana.

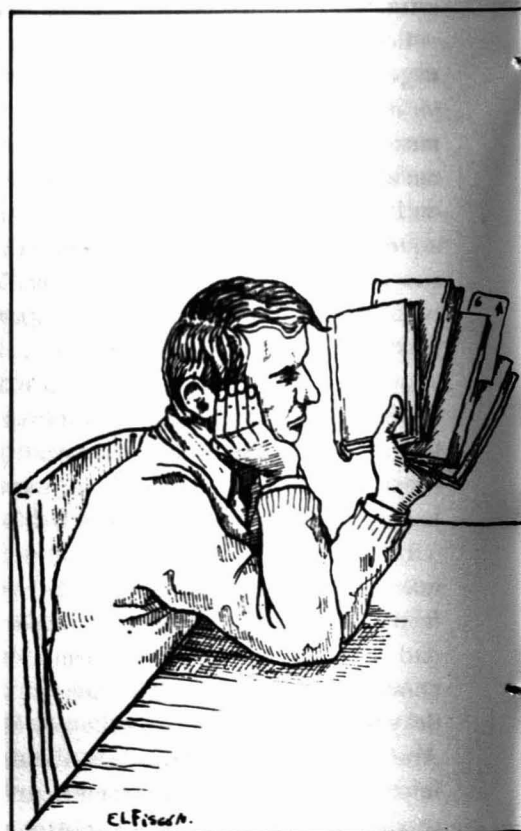
El papel y la historia de las universidades y la educación en México ha estado profundamente permeado de las luchas, de los cambios y de las grandes polémicas. Ha sido excepcional que las universidades no se anticipen a los cambios o no combatan el conservadurismo o la reacción.

En las dos décadas posteriores al cardenismo y hasta principios de los 60s, que fueron algunas de las más importantes en el crecimiento económico, la modernización y aun en el desarrollo, las universidades y las instituciones académicas fueron conciencia crítica pero leal al sistema.

A partir de la crisis del modelo de acumulación y de sus primeras manifestaciones en 1964-65, las universidades se instituyen en fermento social, en conciencia crítica, y en terreno de búsqueda.

También el Estado ha venido intentando resolver los problemas que

aquejan al país y ha formulado propuestas para la sociedad y para la educación. El rechazo rotundo y categórico que los estudiantes y trabajadores universitarios han hecho de la propuesta gubernamental es muy significativo. Ninguna de las reformas académicas impulsadas por el Estado ha podido arraigar en las instituciones académicas. Ni siquiera en aquellas identificadas con las políticas oficiales. La crisis de la educación, como una crisis de inadecuación o falta de correspondencia con los problemas y requerimientos nacionales, es una realidad generalizada. También es parte de lo que ocurre la creciente politización de las reflexiones



y la creciente confluencia con movilizaciones populares.

Todo esto lleva a pensar que la *nueva Universidad* tendrá un profundo contenido popular, estará enmarcada en las transformaciones que experimenta el país, y constituirá una experiencia democrática y anticipatoria de lo que el país persigue.

A este respecto caben también algunas reflexiones. La crisis de la educación, como parte de la crisis de la sociedad y la economía, constituye una derrota por *default* del camino copiado en algunas de las últimas reformas y que conducía a la superespecialización y que se apoyaba en sofisticados instrumentos de análisis y procesamiento de información sin vínculos directos con la práctica y la experiencia. La educación de profesionales que nada sabían fuera de su campo de trabajo ha entrado en una encrucijada.

De hecho, parte de los problemas o de la óptica parcial que caracteriza a los actuales responsables de la economía resulta de su visión extraordinariamente unilateral, circunscrita al ejercicio de un solo instrumento y ajena a la consideración de otras perspectivas, de otras fuentes de co-

nocimiento y criterios de verdad y verificación. Los superespecialistas que dirigen la crisis en nuestro país son el producto de una enseñanza y una formación que se originó en sociedades estratificadas, jerárquicas y centralistas, donde la sociedad civil no es más que un número o conjunto estadístico.

Nuestra sociedad, en cambio, con

riqueza en su diversidad, con tradicional movilidad, y con vínculos de todo tipo entre sus ámbitos, sus sectores, sus instituciones, sus gentes, requiere una formación interdisciplinaria y apoyada, más que en instrumentos muertos de captura y ordenación, en herramientas vivas de tipo metodológico. Al contrario de superespecialistas requerimos profesionales con conciencia social, con dominio de las interrelaciones entre disciplinas y dueños de lo axial de la sociedad.

Requerimos también de universidades teóricas prácticas, que vacunen a nuestros profesionistas en contra de la especulación desvinculada de la realidad. Requerimos de universidades críticas, que no sólo se rebelen ante las injusticias, sino que eduquen en el responsable ejercicio del pensamiento que guíe las transformaciones.

Requerimos, en fin, de profesionistas egresados de universidades libres, donde se estudie el cambio y se aprenda a conducirlo, profesionistas representativos de lo nacional y lo básico. Ni de técnicos superespecializados, ni de académicos circunscritos a la interminable preparación sin compromisos o participaciones en la producción, en la economía, en la cultura o en la política. ♦

